

Más allá de la izquierda y la derecha: populismo en Europa y América Latina

Beyond right and left: populism in Europe and Latin America

Susanne Gratius

Profesor contratada doctora de Relaciones Internacionales, Facultad de Derecho, Universidad Autónoma de Madrid. Susanne.gratius@uam.es

Ángel Rivero

Profesor titular de Ciencia Política y de la Administración, Facultad de Derecho, Universidad Autónoma de Madrid. angel.rivero@uam.es

Resumen: La literatura sobre el populismo sostiene que no todos los populismos son iguales. Unos serían proyectos regeneradores o democratizadores, porque incorporarían a un pueblo excluido; y otros serían movimientos debilitadores de la democracia porque promoverían la exclusión (xenofobia y racismo). Los primeros serían «populismos de izquierdas» y los segundos «populismos de derechas». Este artículo muestra cómo lo central en el populismo es su modelo de democracia y no que este se sitúe a la izquierda o la derecha. Para ello, se evalúa y compara el balance democrático de los populismos en tres países europeos (Austria, Francia y Hungría) y en tres latinoamericanos (Bolivia, Ecuador y Venezuela). Como se verá, ni unos han contribuido a la destrucción de la democracia por ser de derechas, ni los otros pueden presentarse como éxitos democratizadores por ser de izquierdas; pero todos ellos representan un profundo desafío a la democracia liberal.

Palabras clave: populismo, izquierda, derecha, democracia, Europa, América Latina

Abstract: The literature maintains that not all populisms are equal. Some are seen as projects of regeneration or democratisation because they would incorporate an excluded people; others are movements that would weaken democracy by promoting exclusion (xenophobia and racism). The former is "left-wing populism" while the latter is "right-wing populism". This paper shows that what is central to populism is its model of democracy, not whether it is situated on the right or the left. To do this, an evaluation is made of the democratic balance of populisms in three countries in Europe (Austria, France and Hungary) and three in Latin America (Bolivia, Ecuador and Venezuela). As will be shown, those of the right have no more contributed to the destruction of democracy than those on the left may be presented as democratising successes; but all represent a profound challenge to liberal democracy.

Key words: populism, left wing, right wing, democracy, Europe, Latin America

Definición del populismo y marco analítico

Populismo es una palabra en boca de todos. Para unos se trata de un insulto político y debiera desterrarse; para otros, entre los que nos incluimos, es un concepto valioso que permite aprehender un fenómeno particular con consecuencias reseñables para los regímenes democráticos. Así, aunque el populismo carece de una definición consensuada (Vittori, 2017), aquí se proponen algunos elementos que nos permiten comparar seis casos ilustrativos de populismo. Por ello, calificamos de populistas a aquellos gobiernos o partidos cuya ideología se caracteriza por los siguientes rasgos (Rivero *et al.*, 2017: 35-36):

- la defensa de un pueblo virtuoso con una voluntad única;
- la crítica a la democracia representativa desde un lenguaje antiliberal y soberanista;
- la preferencia por un espacio político estructurado en arriba/abajo, frente a izquierda/derecha;
- la personificación en un líder carismático que habla en nombre de la voluntad del pueblo;
- un programa nacionalista y antiglobalización (en el caso latinoamericano contra la hegemonía de Estados Unidos y, en el europeo, contra la Unión Europea);
- la sustitución del pluralismo político por la búsqueda permanente de un enemigo del pueblo contra el que desplegar un discurso político emocional, maniqueo y moralista.

En esencia, entendemos el populismo como un proyecto político antiliberal que altera la agenda de gobierno y las estructuras del poder, para refundar la democracia en torno a la unidad líder-pueblo sin necesidad de contar con instituciones representativas ni separación de poderes. Más allá de la escala izquierda-derecha, calificamos al populismo como ideología porque satisface las funciones propias de esta al explicar y evaluar la realidad política y proponer un curso de acción (Ball y Dagger, 1995: 9-13). El populismo defiende un modelo de democracia que no se corresponde con las expectativas asociadas a la distinción entre izquierda y derecha defendida por algunos (entre ellos Judis, 2016: 14-16; Mouffe, en Errejón y Mouffe, 2015: 111-118; Stravakakis, 2015: 273; Stravakakis y Katsambekis, 2014; Mouffe, 2018).

El auge del populismo en Europa y en América Latina es síntoma y consecuencia de la paulatina puesta en cuestión del orden liberal a escala nacional e internacional (Nye, 2017). Por muy diferentes que sean en términos ideológicos y biográficos, Viktor Orbán en Hungría o Evo Morales en Bolivia ejemplifican

un mismo programa que busca dar voz a los «perdedores» del orden liberal y que encuentra acomodo en un nacionalismo soberanista y antiliberal. Independientemente de discursos de derechas y de izquierdas, líderes y movimientos populistas en Europa y en América Latina cuestionan la democracia representativa, el liberalismo económico y la globalización, y proponen la sustitución de principios y normas por nuevas reglas y procedimientos que, como se demostrará, debilitan las instituciones y procesos de control de las democracias.

Términos como la «democracia iliberal» (Zakaria, 1997), adoptado por el primer ministro húngaro Viktor Orbán, la «Francia insumisa» de Jean-Luc Mélenchon, «Austria primero» de Heinz-Christian Strache o la «democracia participativa o directa» de la Bolivia de Evo Morales, la Venezuela de Hugo Chávez y del Ecuador de Rafael Correa sugieren un proyecto de refundación (De la Torre, 2013b) opuesto a la democracia representativa. El populismo en ambos lados del Atlántico sostiene que la democracia está secuestrada y precisa de regeneración. La democracia que se califica de falsa es la democracia liberal; y la democracia que se afirma como auténtica es la democracia directa. La democracia iliberal con la que define Viktor Orbán su proyecto político resulta elocuente, puesto que señala el denominador común de antiliberalismo en la diversidad de experiencias populistas.

Entendemos el populismo como un proyecto político antiliberal que altera la agenda de gobierno y las estructuras del poder, para refundar la democracia en torno a la unidad líder-pueblo sin necesidad de contar con instituciones representativas ni separación de poderes.

América Latina y Europa comparten el desafío de la «nueva era» del populismo que se inició en 1998 con la llegada al poder de Hugo Chávez en Venezuela y de Viktor Orbán en Hungría. Aunque se habla de populismos de izquierdas y de derechas en ambas regiones, el calificativo de populismo de derechas (Decker, 2013; Hillebrand, 2015) ha sido señalado como dominante en Europa (Decker, 2013; Grabow y Hartleb, 2013) y el de izquierdas (Mouffe, 2018; Errejón y Mouffe, 2016) como propio de América Latina (De la Torre y Arnsón, 2013: 3). Para un análisis de conjunto que reúna las experiencias populistas en Europa y América Latina, es muy útil el libro de Mudde y Rovira Kaltwasser (2012), que compara experiencias europeas y latinoamericanas; para el caso europeo, el libro de Reynié (2013) es valioso porque ofrece una lista muy completa y elude la dicotomía izquierda/derecha; y, para el análisis comparativo con mayor número de casos, véase Rivero *et al.* (2017).

En este artículo se sostiene que el eje izquierda-derecha (por ejemplo, Huber y Schimpf, 2017) como instrumento de análisis del populismo no resulta operativo. Por ello, desde una perspectiva teórica, empírica y comparativa, aquí se analiza el modelo de democracia que subyace al discurso del populismo y que

entra en conflicto con la democracia liberal. Esta primera aproximación servirá para alcanzar un segundo objetivo: evaluar el rendimiento democrático del populismo. Para obtener datos comparativos, en esta parte nos apoyamos en dos índices: el Informe Libertad en el Mundo de Freedom House (2017)¹ –que clasifica 195 países en libres, parcialmente libres y no libres– y el Índice Democrático del *The Economist Intelligence Unit (EIU)*² –considerado «el mejor del mundo» (Gentile, 2018: 58-60), que utiliza un ranking de 10 (máximo valor democrático) a cero (dictadura) para evaluar la calidad democrática de 167 países–. Una vez definido el concepto de democracia que utiliza el populismo y verificado el rendimiento democrático de las experiencias populistas en Europa y América Latina, las conclusiones demuestran las semejanzas del populismo latinoamericano y europeo en cuanto a su concepción de la democracia.

Izquierda y derecha en el análisis del populismo

El eje izquierda y derecha, que funcionó como criterio de orientación eficaz en el siglo XIX y que ha caracterizado la política del Estado del bienestar en Europa Occidental durante la segunda posguerra, parece haber agotado su capacidad de descripción y orientación. Como señaló Anthony Giddens (1994), con la crisis del Estado del bienestar europeo el consenso en torno a una democracia liberal y una economía social de mercado comienza a tambalearse y se rompe el contrato social que había alimentado 30 años de bienestar y paz social en Europa. Esta quiebra produce la paradójica situación de que la izquierda democrática se convierte en conservadora y busca preservar el orden de posguerra vinculado al desarrollo del Estado del bienestar, a pesar del cambio de las condiciones sociales y económicas en aquel entonces. Mientras, la derecha democrática se redefine como «nueva derecha», que busca innovar la organización económica de la sociedad y las obligaciones de seguridad del Estado, con el propósito de restablecer la responsabilidad de los ciudadanos respecto a su propio destino. Estos desarrollos están vinculados a la llegada de Margaret Thatcher al Gobierno del Reino Unido en 1979.

Siguiendo el argumento de Giddens, si al final del siglo XX, en Europa Occidental, el principio de conservación corresponde a la izquierda y la derecha lidera el cambio político, social y económico, las categorías de izquierda y derecha han dejado de tener sentido, puesto que están completamente invertidas.

1. Véase: <https://freedomhouse.org/report-types/freedom-world>

2. Véase: <https://www.eiu.com/topic/democracy-index>

En sus palabras, la izquierda se ha vuelto defensiva y la derecha radical (ibídem). Si a esto añadimos que la respuesta de la izquierda democrática europea fue la formulación de una tercera vía entre lo que había sido la izquierda y la derecha, calificada por Tony Blair como «centrismo radical» (Blair, 1998; Giddens, 1999), se evidencia la inoperancia de las viejas categorías.

En el caso de América Latina, las categorías izquierda y derecha no tuvieron la importancia que adquirieron en Europa y, aunque «izquierda» es un concepto que se usa en el presente, su contenido parece estar en revisión. Por ejemplo, Ernesto Laclau (2005) y Chantal Mouffe (2018), los defensores contemporáneos de un populismo «de izquierdas», han revisado la historia para hacer un hueco dentro de este concepto al peronismo original (Laclau, 2005: 33), un fenómeno que hasta ahora era visto por sus historiadores como una versión atenuada de fascismo en el tiempo del posfascismo. Como señaló Gino Germani (1971: 353), «la tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el signo del totalitarismo», es decir, del peronismo como fascismo.

Contrariamente a la posición de Germani, Mouffe (2018) busca dar continuidad a la defensa realizada por Laclau del peronismo y su legado político. Según estos autores, el posmarxismo que ellos patrocinan se sustancia en la recuperación del capital político e ideológico de las dos primeras presidencias de Juan Domingo Perón en Argentina (1946-1951 y 1952-1955), que él mismo definió como una tercera vía entre comunismo y capitalismo. De acuerdo con Mouffe (2018) y Laclau (2005), el populismo de izquierdas constituye una valiosa tradición democrática que ha servido para la realización de una verdadera democratización de las sociedades en las que ha operado (el caso pionero de Argentina en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, y los experimentos recientes en la Venezuela de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, el Ecuador de Rafael Correa y la Bolivia de Evo Morales). Sostienen, además, que nos dirigimos a una nueva configuración de la política en la que el discurso del populismo será el único posible, aunque distinguen entre un populismo verdaderamente democrático (el de izquierdas) y un populismo que «ha entendido el antagonismo constitutivo de lo político», pero que carece de potencial emancipador (el populismo de derechas) (Mouffe, 2018; Errejón y Mouffe, 2016: 118). De acuerdo con este punto de vista, solo el «populismo de izquierdas» podría, en la crisis presente, «proteger y profundizar la democracia» (Mouffe, 2018: 5).

El eje izquierda y derecha, que funcionó como criterio de orientación eficaz en el siglo XIX y que ha caracterizado la política del Estado del bienestar en Europa Occidental durante la segunda posguerra, parece haber agotado su capacidad de descripción y orientación.

En este artículo se argumenta, sin embargo, que el populismo recusa el uso de las categorías izquierda y derecha como espacio de identificación política por al menos dos razones. En primer lugar, porque aceptar que en el espacio político hay posiciones diversas que son igualmente legítimas va en contra de su propia espacialidad política, que privilegia el arriba y el abajo, siendo el arriba el espacio de las élites y de la oligarquía, y el abajo el lugar propio del pueblo virtuoso al que se ha arrebatado la democracia. Las categorías arriba y abajo, frente a izquierda y derecha, permiten la simplificación maniquea del espacio político, orillando el pluralismo constitutivo del eje izquierda-derecha. En segundo lugar, se rechaza la separación o identificación de la izquierda y la derecha, porque el populismo habla en nombre del pueblo, y este, sostiene, tiene una voz única, la voluntad general, y un único intérprete legítimo, el político populista, de modo que recurrir a la izquierda y la derecha significa aceptar un pluralismo constitutivo en el pueblo que desacreditaría su propio discurso.

Si atendemos al populismo paradigmático –el de Juan Domingo Perón en su primera etapa (Laclau, 2005: 33)–, este fue una experiencia radicalmente antiliberal, en la que medidas democratizadoras como la ampliación del sufragio sirvieron para la constitución de un liderazgo autoritario que utilizó un Estado omnipresente para acosar la discrepancia política y para vaciar de independencia a los poderes del Estado (Romero, 2012: 131; Privitellio, 2012: 72-90). La democratización alegada frente a la falsa democracia liberal vino acompañada de la sacralización del conductor o líder, de la ampliación del papel del Estado en la sociedad, de la subordinación de los poderes del Estado al Ejecutivo presidencial y del hostigamiento de la oposición. Es decir, que el peronismo pudo ser acusado simultáneamente de fascismo y de comunismo, cuando su característica más notoria y aceptada fue su antiliberalismo (Rivero *et al.*, 2017: 111-123).

Este antiliberalismo, en un sentido económico y político, es el primer rasgo que comparten los tres populismos analizados en Europa (Austria, Francia y Hungría) con los tres casos seleccionados en América Latina (Bolivia, Ecuador y Venezuela). Otro elemento destacado que aparece en los seis populismos es el discurso y la agenda política en torno al nacionalismo que, en los casos europeos, se dirige contra la UE y, en los latinoamericanos, contra Estados Unidos. Una tercera característica común que englobaría a los otros dos factores sería la pretensión de ofrecer un modelo alternativo de «democracia popular» basado en la «soberanía absoluta» y claramente opuesto a la agenda liberal. Estos tres ingredientes –el antiliberalismo, el nacionalismo y un modelo democrático alternativo– nos sirven para comparar, con la ayuda de los dos índices mencionados, las seis experiencias y evaluar su balance democrático.

«Democracia populista» versus democracia liberal

En el populismo hay una pulsión de conservación y una de innovación. En cuanto a lo último, el populismo abandera el proyecto de una democracia más verdadera frente a una democracia que se califica de falsa (De la Torre, 2013b). En cuanto a lo primero, en el populismo existe también la nostalgia de una grandeza pasada en la que los hombres disfrutaban de una vida mejor. Al ser el populismo simultáneamente la promesa de una verdadera democracia y la empresa de restauración de una democracia que ha sido degradada, las propuestas de conservación e innovación van juntas. Aquello que se propone como programa político no es una visión de izquierdas o de derechas, puesto que la esencia del populismo como ideología es la promesa de que los problemas de las sociedades se resuelven con más democracia y una participación mayor del pueblo en las decisiones públicas (Mounk, 2018: 33-36). Como se argumentará a continuación y en la tabla 1, la principal diferencia entre la democracia liberal y la «democracia populista» consiste en el pluralismo político regulado por las instituciones frente a la voluntad popular encarnada por el líder y las consultas populares (De la Torre, 2017b).

¿Cuál es la falsa democracia que hace que los problemas de las sociedades se agraven en lugar de resolverse? Los que creen en el populismo dirían que es la democracia liberal, porque la representación política enajena el poder del pueblo y las instituciones contramayoritarias, lejos de proteger al pueblo, sirven para bloquear las decisiones de la mayoría (Sánchez Cuenca, 2010: 164). Es por ello que muchos populistas hablan del momento constituyente o refundacional, cuando la voluntad del pueblo se convierte en decisión política (Baquerizo, 2016). En consecuencia, la ideología del populismo no solo sostiene que hay un sujeto colectivo con una voluntad única, legítima y discernible (la voluntad general), sino que las instituciones de la democracia liberal (constituciones, derechos, parlamentos o sistema judicial independiente) tienen un valor relativo: son positivas si se subordinan al «poder popular»; pero negativas y «enemigas» del pueblo cuando intentan controlar o limitar su soberanía (Sánchez Cuenca, 2010; Mounk, 2018).

¿Cómo se transforma una falsa democracia liberal en una «auténtica» democracia? Según los políticos populistas mediante el empoderamiento del pueblo, otorgándole instrumentos que permitan transformar la voluntad general en decisiones políticas. Jörg Haider, líder del FPÖ en Austria, por ejemplo, proclamó que este partido pretendía «realizar una revolución cultural» mediante «métodos democráticos» para derrocar a la «clase política dirigente y a la casta intelectual» de Austria y así lograr «la regeneración política del país» (Haider, 1993: 2000-2001). Para ello defienden la democracia directa como una forma superior a la democracia representativa, y enfatizan la noción de soberanía. Esta promesa democratizadora

del «soberanismo populista» puede ser evaluada, puesto que muchos movimientos populistas han alcanzado el poder o han tenido un impacto reseñable en el sistema político (Corrias, 2016; Haskell, 2000). Es esto lo que se verá a continuación en relación con Europa y América Latina.

Tabla 1. Comparación de democracia liberal y «democracia populista»

Democracia liberal	«Democracia populista»
Pluralismo y diversidad social	Pueblo único y sociedad homogénea, división pueblo-no pueblo
Equilibrio y separación entre los tres poderes: ejecutivo, legislativo, judicial	Preponderancia del ejecutivo y control de los procesos electorales
Independencia de la prensa y medios de comunicación	Control y tutela de los medios de comunicación
Poder moderado o limitado	Poder absoluto (soberano)
Control del ejecutivo (<i>checks and balances</i>) por el legislativo y el judicial	Ejercicio pleno de la soberanía en nombre del pueblo (poderes adicionales)
Elecciones competitivas	Elecciones permanentes y manipuladas
Discurso racional	Discurso emotivo
Diversidad de partidos políticos reconocidos	«Nosotros» y «Ellos» (confrontación maniquea entre «amigos» y «enemigos», polarización)
Instituciones representativas y partidos políticos	Identificación líder-pueblo-voluntad general-partido-movimiento. Rechazo de los partidos tradicionales (oligárquicos)
Política entendida como negociación entre partidos	Política entendida como imposición del proyecto populista hegemónico
Menos consultas populares	Elecciones y consultas plebiscitarias frecuentes

Fuente: Gratius y Rivero con base en De la Torre (2013 y 2017), Mudde y Rovira Kaltwasser (2012) y Panizza (2005).

El rendimiento democrático del populismo en Europa y en América Latina

Un primer problema a la hora de comparar el rendimiento democrático de los populismos en Europa y en América Latina es que sus sistemas políticos son muy diferentes. Si en Europa priman las democracias parlamentarias,

en América Latina la hegemonía corresponde a los sistemas presidencialistas (Lanzaro, 2012). Las consecuencias de ello son importantes en relación con la democracia. Si los populismos tienen una concepción propia de democracia, esta tiende a identificarse con la democracia directa y con el alto valor que otorgan a los plebiscitos (Scottilotta, 2017). Esta democracia directa se enfrenta a evidentes paradojas. Una de ellas es que la voluntad general del pueblo que presupone el populismo no aparece de forma expresa ni se puede identificar como evidente, sino que necesita intérpretes. Los políticos que hablan «en el nombre del pueblo» han de tener la capacidad retórica de convencer a los votantes de que, efectivamente, son la voz del pueblo. Ello no es ni fácil ni evidente, sobre todo en sistemas parlamentarios representativos donde el pluralismo y la fragmentación del sistema de partidos son casi la norma. Es cierto que se ha producido una indudable «presidencialización» de las democracias parlamentarias (Poguntke y Webb, 2005) que ha otorgado un papel cada vez mayor a los líderes en detrimento del Parlamento y el pluralismo político que representa. Pero en los sistemas presidencialistas la figura de un *líder* o *caudillo* encaja mejor con la pulsión populista, que se manifiesta en el rechazo de los partidos políticos, del pluralismo y de la negociación (Linz, 1990; Nohlen, 1998). Este rasgo de populismo se expresa en que la política no es vista como un proceso para forjar consensos, sino como una operación en la que el pueblo es traicionado por los políticos, los cuales son calificados de *élites* o *establishment* que hacen valer su interés particular por encima de la voluntad del pueblo (Fieschi y Heywood, 2006; De Blasio y Sorice, 2018).

El desafío populista en Europa

En Europa, la selección de los casos de Austria, Francia y Hungría se justifica por el hecho de que presentan rasgos diferenciados y paradigmáticos (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012) y han sido calificados de populismos de derechas (Hillebrand, 2015; Decker, 2013). Austria es una ya veterana democracia parlamentaria con una fuerte institucionalidad, donde el populismo no ha llegado a alcanzar el Gobierno en solitario, aunque lo ha hecho en coalición y ha estado cerca de alcanzar la Presidencia. Hungría es una joven democracia sin tradiciones democráticas y con una débil institucionalización (Hillebrand, 2015). Aquí el populismo, en un contexto de mayoría absolutas, ha sido capaz de modelar y degradar la democracia. Francia, por su parte, tiene la peculiaridad de ser una vieja democracia con un sistema político semipresidencial, lo que a priori permite una comparación con América Latina. En este país, el populismo ha tenido un efecto sobresaliente en el cambio de la agenda pública, pero la visibilidad de

Marine Le Pen y el *Front National* (FN)³ en la carrera presidencial de 2017 no significa que se pueda hablar de un éxito del populismo.

El legado del populismo en Austria

El populismo en Austria está ligado al viejo Partido de la Libertad de Austria (FPÖ, por sus siglas en alemán), fundado en 1956 como un partido pangermánico y liberal en lo económico. El fallecido Jörg Haider lo transformó en un partido populista cuando este se convirtió al nacionalismo austríaco contrario a la UE y, sobre todo, asumió un insistente discurso antiinmigración y antiminorías. El FPÖ entró por primera vez en el Gobierno federal en 1999 –en coalición con los conservadores del Partido Popular Austríaco (ÖVP, por sus siglas en alemán) de Wolfgang Schüssel– al alcanzar más del 26% de los votos y convertirse en la segunda fuerza política del país. Este Gobierno tuvo que enfrentar una fuerte presión y sanciones de la UE. Más adelante, el faccionalismo y la fragmentación del partido condujeron a un tiempo de debilidad. Sin embargo, en 2016, el FPÖ volvió con fuerza y estuvo a punto de ganar la Presidencia tras unas elecciones que tuvieron que ser repetidas y donde su candidato, Norbert Hofer, se quedó a unas décimas de derrotar a su adversario, que agrupaba a toda la oposición: el independiente Alexander Van der Bellen. Con esta estrategia de *gatekeeping* (Levitsky y Ziblatt, 2018: 30) se evitó la victoria del populismo de Hofer.

En las elecciones legislativas de 15 de octubre de 2017, Heinz-Christian Strache alcanzó con el FPÖ el 26% de los votos y una porción nada desdeñable del voto obrero no cualificado, que antiguamente era leal a la socialdemocracia⁴. Las elecciones las ganó el joven Sebastian Kurz del Partido Popular Austríaco (VPÖ, por sus siglas en alemán) con el 31,5% de los votos; el partido socialdemócrata obtuvo el 26,9% y solo un escaño más que el FPÖ. No deja de ser destacable que el triunfo de Kurz se produjese mediante el uso de un discurso sobrecargado de referencias antiinmigración (López, 2017) y que su partido se apoyara en el FPÖ para gobernar. Al formalizarse esta coalición en diciembre de 2017, los populistas han vuelto al Gobierno de Austria. Sin embargo, la democracia se muestra particularmente resiliente en el país: la fragmentación del sistema político

3. El *Front National* (FN) cambió su nombre por el de *Rassemblement National* (RN) el 1 de junio de 2018, pero mantenemos su nombre original para evitar confusiones.

4. Para más información sobre el FPÖ, véase Sosa Mayor, en Rivero *et al.* (2017: 293-302) y Heinisch, en Grabow y Hartleb (2013: 47-79).

relativiza el peso del populismo a la hora de determinar la agenda política y su institucionalidad democrática se mantiene muy sólida. Los datos confirman esta hipótesis. Según el *Democracy Index* de la EIU (2017), la democracia austríaca sigue «gozando de buena salud» y únicamente registró un ligero declive entre los años 2011 y 2016 (pasó del puesto 13 al 14, y de tener 8,49 puntos a 8,41). En 2017 descendió hasta el puesto 15, pero su puntuación aumentó a 8,42. En su informe de 2017, Freedom House colocaba a Austria en el lugar 14.

Si bien el discurso político nacionalista y antiliberal se ha vuelto más áspero —sobre todo con relación a los inmigrantes y las minorías—, su democracia apenas se ha resentido del impacto del populismo salvo en el declive del Partido Socialdemócrata (SPÖ, por sus siglas en alemán), que ha pagado su política de grandes coaliciones con la enajenación de una parte de su electorado. El resultado más visible del populismo en Austria es la quiebra de un sistema basado en las grandes coaliciones; la aparición de una política de mayor confrontación y polarización; la introducción de la cuestión de la migración y de las minorías en el debate público; la adopción de un lenguaje político más ordinario, vulgar y, en ocasiones, ofensivo para difamar al «otro» siguiendo la lógica de descalificar voces disidentes y de reducir el pluralismo democrático.

Sin embargo, la institucionalidad democrática no se ha visto afectada. Ello se explica por la antigüedad e independencia misma de las instituciones austríacas, pero también por el hecho de que el populismo ha sido incapaz de franquear la barrera de poco más del 26% en sus apoyos electorales. En suma, la paradoja austríaca es que el crecimiento del populismo ha generado un discurso político más hosco, pero no ha dañado sensiblemente la democracia liberal. Esto no significa que el populismo de derechas sea inocuo en relación con la democracia, sino que en un contexto de fuerte institucionalización de la democracia y donde el pluralismo de la sociedad no está en discusión, el proyecto populista encuentra límites infranqueables y no ha podido imponer su «modelo democrático» basado en el binomio líder-pueblo.

Francia: ¿éxito o derrota del populismo?

El caso del *Front National* (FN) en Francia es singular en dos sentidos. En primer lugar, por la antigüedad del partido, ya que fue fundado en 1972; y, en segundo lugar, porque de manera constante este ha ido ensanchando su base electoral hasta alcanzar su apoyo más alto en las elecciones presidenciales de 2017, cuando Marine Le Pen consiguió un 33,9% de los votos. Sin embargo, el hecho de que el FN no haya ganado jamás una elección presidencial y de que se haya visto perjudicado por sus insuficientes resultados en un sistema mayo-

ritario difícilmente permite hablar de una historia de éxito. Ser el segundo en unas presidenciales no da ningún poder político y, en las legislativas del mismo año, obtuvieron 8 diputados con casi un 9% del voto, sobre 577, cuando hubo partidos que con el 6% obtuvieron más de cuarenta diputados.

Es cierto que algunos de los temas *movilizados* por el FN han encontrado atención en la agenda política francesa, como la idea antiliberal (contrario al libre movimiento de personas) de atajar con medidas drásticas la inmigración ilegal, que fue apropiada por Nicolas Sarkozy durante su Presidencia, y de reforzar la seguridad frente a la amenaza terrorista, que ha dado lugar a un cierre de fronteras que actúa como tapón en la crisis de los refugiados; pero en la mayoría de los otros temas, como la salida del euro o de la UE, el FN no ha alcanzado audiencia suficiente en la opinión política francesa. De hecho, el partido se ha sumergido en la introspección y de ahí el intento de cambio de nombre para renovar la imagen del partido que se ha llevado a cabo en junio de 2018⁵. En suma, a pesar de que el FN ha adquirido un protagonismo notable en el panorama político francés de las últimas décadas, no ha sido capaz de pasar como candidato mejor colocado en ninguna de las contiendas presidenciales y su voz es apenas audible en la Asamblea Nacional donde ni siquiera tienen grupo propio. Todo esto en un contexto *a priori* favorable a su discurso por la sensación instalada en Francia de declive nacional (Zemmour, 2014). A pesar de que ha intentado capitalizar el voto de los descontentos con la globalización con cierto éxito en el norte desindustrializado, esta estrategia se ha mostrado inoperativa a la hora de forjar una mayoría electoral (Balent, en Grabow y Hartleb, 2013: 161-186). Sus otros temas estrella –como la salida de Francia de la UE, el abandono del euro o el nacionalismo económico– ni siquiera cuentan con el apoyo mayoritario de sus propios votantes. Además, más allá de las cuestiones de la seguridad, la inmigración irregular y su limitación, ninguno de los grandes partidos de Francia ha acogido sus propuestas (nacionalismo político y económico; antiliberalismo y anticasta; defensa de la democracia directa), salvo la extrema izquierda que creó el *Front de Gauche* (FG) y que ahora se agrupa junto a Jean-Luc Mélenchon en la *Francia insumisa*. Este, en contra de lo que había hecho en ocasiones pasadas, se negó a apoyar en la segunda vuelta de las presidenciales de 2017 al candidato alternativo al FN.

Ciertamente, en las elecciones presidenciales de 2017 triunfó un candidato a presidente, Emmanuel Macron, que no venía apoyado por ninguno de los grandes partidos tradicionales. Pero el hecho excepcional de un partido, *La République*

5. Véase Rivero *et al.* (2017: 217-233); un punto de vista diferente lo ofrecen Vallespín y Bascuñán (2017: 218-224), que hablan de un «éxito innegable» (ibídem: 224).

En Marche!, formado por iniciativa de un candidato, es hasta cierto punto normal en los regímenes semipresidencialistas, como atestigua el caso de la Presidencia de Ramalho Eanes en Portugal. Y ello debe vincularse, además, con la crisis de la socialdemocracia europea, que no acaba de encontrar un discurso y un programa con el que enfrentar el presente. Asimismo, el fenómeno Macron se explica también por la crisis de liderazgo en la derecha francesa, que arruinó su posible victoria por la elección de François Fillon, un candidato inadecuado debido a su falta de probidad (Goar y Lemarié, 2017).

En relación con la calidad de la democracia de Francia, la influencia del populismo del FN ha sido insignificante. Ello aunque en el *Democracy Index* de la EIU (2017), a primera vista, resulte preocupante que Francia no esté incluida en el cuadro de los países más democráticos del mundo. En 2016, figuraba entre las democracias defectuosas con el número 24 del ranking mundial (7,92 puntos); y en la entrega de 2017, bajó al número 29 con 7,80 puntos. Pero ello no quiere decir que el aumento del voto a los partidos populistas en Francia haya afectado a la calificación de su calidad democrática. En primer lugar, porque si se adopta una perspectiva más amplia, Francia ha mejorado con relación a la situación que tenía en 2011 (número 29, misma posición en el ranking mundial, pero con peor puntuación, 7,77 puntos). De acuerdo con el informe de 2017 de Freedom House, Francia ocuparía el puesto 27 (90 puntos), frente al 25 en 2016. Aun así, Sami Naïr (2018) señalaba que el populismo del FN ha sembrado un odio en el país que se incrusta en los partidos democráticos de la derecha y que ya tiene consecuencias para su democracia. Sin duda, entre los votantes del FN hay un 50% que afirma que la democracia no es necesariamente la mejor forma de gobierno (Rivero *et al.*, 2017: 233). En las propuestas programáticas para las elecciones presidenciales de 2012 y 2017, el FN hizo campaña en favor de los plebiscitos como instrumentos de «verdadera democracia» que instaurarían si alcanzaran el poder, con el ánimo, sobre todo, de unir la reforma constitucional con la «voluntad del pueblo».

Hungría y el proyecto de una «democracia iliberal»

El caso de Hungría es muy diferente. En primer lugar, este país no tenía ninguna experiencia previa de tradición democrática antes de su transición iniciada en 1989. Además, a diferencia de Austria o Francia, el populismo no es (o no solo es) una fuerza de oposición, sino que está en el Gobierno. Viktor Orbán y su partido FIDESZ-Unión Cívica Húngara han transitado desde el centro político en su primera etapa de gobierno (1998-2002) a un creciente autoritarismo, tras la enunciación de su ideario de una «democracia iliberal» en 2015 (Rohac,

2018), para el que buscaron inspiración en las potencias no democráticas a fin de llevar a cabo un proyecto de regeneración nacional *magyar* en creciente contradicción con los valores de la UE.

Este proyecto se sustancia en el control del sistema judicial por el Ejecutivo, en la tutela de los medios de comunicación desde el Gobierno, en el hostigamiento de las minorías y de la oposición, y en una política de alianzas exteriores en la que los valores de la democracia liberal son orillados en pro de una soberanía nacional que se declaraba amenazada (Józwiak, 2017). En la visión iliberal de Orbán, los agentes transnacionales —que identifica con el capitalismo y el liberalismo— están socavando la soberanía de Hungría, entre ellos la UE, que identifica con el neoliberalismo. Así, la solución que promueve —y esto lo tiene en común con los tres populismos latinoamericanos— es un Estado fuerte que restablezca la soberanía

Los ejemplos de Hungría —con un partido populista gobernante—, Austria —con un partido populista fundamental para la formación de Gobierno— y Francia —con un partido populista que es la principal fuerza de oposición— muestran que el populismo es un factor de deterioro limitado en las democracias consolidadas y una amenaza autoritaria en aquellas que son débiles.

nacional, lo que incluye una política exterior no sujeta a los principios liberales y una valorización de estados autoritarios o semidemocráticos como aliados y modelos a seguir. No deja de ser paradójico que el mismo Orbán, siendo joven, pidiera en 1989 la salida de los rusos del país y que ahora sea el promotor de una nueva alianza con la Rusia de Putin (Rivero *et al.*, 2017: 380-390).

La deriva autoritaria de Orbán tiene relación con las reconversiones europeas sobre los escándalos de corrupción en Hungría vinculados a fondos europeos gestionados por los ayuntamientos, así como con las quejas europeas sobre el trato dispensado a minorías, periodistas y a la oposición política en general. Más allá de la construcción del enemigo exterior europeo, hay dos razones internas que explican estos cambios: por una parte, la debilidad creciente del Partido Socialista Húngaro, que se ha hundido en el descrédito y, en su debilidad, es incapaz de controlar al Gobierno y ofrecer una alternativa (Andor, 2017); por la otra, el crecimiento electoral de un partido aún más populista que el FIDESZ, el partido Jobbik o Movimiento por una Hungría Mejor, que —con un discurso radicalmente antipolítico, xenófobo y nacionalista— ha sido capaz de suscitar el apoyo de los jóvenes y de convertirse en el segundo partido. Así, Orbán compite con Jobbik en populismo.

Los efectos de esta deriva sobre la incipiente y débil democracia húngara son reseñables. Si en 2011 Hungría figuraba en el cuadro de las democracias defectuosas con el número 49 y 7,04 puntos; tras la deriva populista de Orbán, se situó en 2016 en el puesto 56, con 6,72 puntos; y en 2017 mantiene la misma posición, pero con 6,64 puntos. En el ranking de libertad en el mundo de Free-

dom House (2017), Hungría ocupa el lugar 52 con 76 puntos, una posición que se ha venido deteriorando en la última década. Este caso húngaro señala que la debilidad o fortaleza de la sociedad civil y de la institucionalidad democrática son esenciales a la hora de embridar la deriva autoritaria del populismo. Incluso para estados miembros de la UE, si tales cortafuegos no se hallan presentes, el populismo degrada la calidad democrática.

Los ejemplos de Hungría –con un partido populista gobernante–, Austria –con un partido populista fundamental para la formación de Gobierno– y Francia –con un partido populista que es la principal fuerza de oposición– muestran que el populismo es un factor de deterioro limitado en las democracias consolidadas y una amenaza autoritaria en aquellas que son débiles. Su impacto sobre el sistema político es evidente, pero en los casos de Austria y Francia no es determinante en relación con la calidad de la democracia. En Hungría, en cambio, la deriva autoritaria, a pesar del cortafuegos de la UE, no se puede desestimar. El hecho de que Viktor Orbán haya obtenido nuevamente una muy amplia mayoría en las elecciones del 8 de abril de 2018⁶, le permite modelar la constitución y continuar sin obstáculos en el desarrollo de su democracia iliberal.

Estos datos demuestran que el populismo que algunos autores (Errejón y Mouffe, 2016; Mouffe, 2018; Judis, 2016: 14-16; Stravakakis, 2015: 273; Stravakakis y Katsambekis, 2014) califican de derechas, y sostienen que es el principal enemigo de la democracia, incluso en el caso de Hungría –un país donde gobierna un partido populista y donde también es populista el principal partido de la oposición–, puntúa en calidad democrática muy por encima de Ecuador, Bolivia o Venezuela, que abanderarían un populismo «de izquierdas» presumiblemente empeñado en la inclusión y la democratización (ibídem).

El populismo en Bolivia, Ecuador y Venezuela: soberanista y antiliberal

Una característica que los populismos latinoamericanos comparten con los casos europeos es su declarado antiliberalismo y «soberanismo absoluto» (popular y nacional). Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez prometie-

6. Fidesz, el partido de Orbán: 49,27% de los votos (133 escaños); Jobbik: 19,06% (26); MSZP, el partido socialista: 11,91% (20, diez menos que en las anteriores elecciones). El parlamento tiene 199 escaños.

ron tres revoluciones: la poscolonial en Bolivia, la ciudadana en Ecuador y la bolivariana en Venezuela. Los proyectos transformadores cambiaron las constituciones, introdujeron nuevos poderes y fortalecieron, en la tradición del presidencialismo latinoamericano, el poder de los líderes como representantes de la «soberanía popular, económica y nacional» basada en la reconstrucción del «pueblo auténtico» opuesto a la élite tradicional calificada despectivamente de «oligarquía» (De la Torre, 2017b). En estas experiencias, la legitimidad del poder ejecutivo se basa sobre todo en la capacidad transformadora del líder y en una permanente movilización popular (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012), así como en un discurso polarizador (Anselmi, 2017). Los tres populismos comparten la afinidad ideológica de sus líderes carismáticos, que usan plebiscitos para afirmarse en el poder con el pretexto de crear democracias directas y populares. A pesar de tener estos rasgos en común, el balance democrático de cada uno de ellos es diferente.

El populismo étnico en Bolivia (2006-2018): división entre líder y pueblo

Evo Morales y el movimiento indígena representan un populismo étnico que, conforme al postulado de «una grandeza pasada», recupera y glorifica la época precolonial. El populismo boliviano es identitario y antimoderno por su rechazo del neoliberalismo económico y del «imperialismo» de Estados Unidos. Salvando las distancias, el elemento étnico también está presente en los populismos de Austria, Francia y Hungría, que reclaman volver a los pueblos «autóctonos» y discriminan a los inmigrantes por razones raciales. El populismo de Evo Morales incluye nuevas formas de participación directa –revocatorios y consultas populares– que, en este caso, no sustituyen sino complementan la democracia liberal. El principal mérito de Evo Morales, el primer presidente aimara de Bolivia, es haber recuperado la estabilidad política después de reiteradas crisis de gobierno en el período prepopulista (Mayorga, 2017). Su proyecto político consiste en crear un «Estado poscolonial» libre de injerencias externas con rasgos indígenas y medioambientales, de acuerdo con el concepto del *bien vivir* (Acosta, 2013) –una cosmovisión antiliberal y anticapitalista opuesta al «vivir mejor» (Gratius, 2007)–. Esta visión implica también una nueva concepción de la democracia que, según la Constitución de Bolivia de 2009, aprobada por referéndum, prevé tres fórmulas: directa y participativa mediante consultas populares y revocatorios, representativa por el voto universal, y comunitaria en la tradición indígena. Contrario al discurso moral del «buen vivir» (y no mejor) y de una «democracia verdadera», el Gobierno de Morales no ha alterado los tradicionales

patrones de corrupción: Bolivia ocupó en 2017 la posición 113 de 176 países, según Transparencia Internacional⁷.

A diferencia de Ecuador y Venezuela, el populismo en Bolivia tiene sus raíces en un poderoso movimiento popular. En el inicio, existió una interdependencia y empate de poder entre el líder carismático Evo y el movimiento popular. A partir de la «guerra del agua» en 2000⁸, ningún otro país latinoamericano había llegado al nivel de movilización popular de Bolivia (Brienen, 2016). Sin embargo, en 12 años de Gobierno de Evo Morales, que fue el máximo representante del partido Movimiento al Socialismo (MAS), del indigenismo y del sindicato cocalero, el movimiento popular se ha debilitado ante el creciente poder del presidente que dice encarnar al pueblo. Una muestra de la tensión entre voluntad popular y presidencial —que contradice el discurso de unidad entre ambos— fue la decisión del Tribunal Supremo, del 29 de noviembre de 2017, de permitir la reelección de Evo Morales, quien había apelado a la autoridad judicial tras el «no» de la consulta popular realizada unos meses antes. Ello revela la cooptación del poder judicial y la creciente distancia entre pueblo/movimiento y líder/poder. Otro ejemplo similar ofrece la intención del Ejecutivo de construir una carretera en el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure (TIPNIS), que ha provocado protestas masivas (Mayorga, 2017).

Un elemento distintivo del populismo boliviano es la elección directa de las autoridades judiciales del país. Esta particular reforma se debe, entre otros, al conflicto entre justicia tradicional popular y colectiva versus la justicia occidental. Ambas concepciones coexisten en una Constitución que intenta fusionar dos cosmovisiones (Mayorga, 2017) que siguen dividiendo un país con una mayoría de población indígena y una tradicional élite blanca. Esta fragmentación se refleja en términos territoriales en la denominada Media Luna, la zona donde domina el bloque opositor de la anterior élite, opuesto al «pueblo originario». Todo ello ha contribuido al desencanto con el populismo étnico de Evo Morales, que empieza a perder respaldo popular. Un indicador fue el menor apoyo de la democracia entre 2016-2017 (que bajó a un 59%) y otro el bajo grado (5 de 10) de satisfacción con la misma (Corporación Latinobarómetro, 2017). Sin embargo, el balance democrático de Bolivia es el mejor de los tres casos latinoamericanos, pero peor que el de Hungría, que en la escala de Freedom House y de la EIU puntúa más alto. Según Freedom House (2017), con la posición 68, Bolivia está considerado parcialmente libre, mientras que es calificado como un régimen híbrido en el índice de democracia de la EIU (2017).

7. Véase: <https://www.transparency.org/>

8. Las protestas contra la privatización del agua.

El correísmo en Ecuador (2007-2017): menos pluralismo democrático

Similar al caso de Evo Morales en Bolivia, los 10 años de Presidencia de Rafael Correa (2007-2017) garantizaron estabilidad política en un país que venía de larga tradición populista (de José María Velasco Ibarra a Abdalá Bucaram) y de una profunda crisis de gobernabilidad desde 1997. De hecho, desde ese año, ningún presidente había llegado a terminar su mandato. Así, no fue hasta las elecciones de 2006 que Correa, con su Alianza PAIS (igual que el MAS de Morales, más movimiento que partido), ganó con una clara mayoría, lo que le permitió realizar un proyecto político que fue, más que una «Revolución Ciudadana», un proyecto personal del presidente. Rafael Correa representaba un populismo híbrido, que combinaba un discurso de populismo autoritario con la democracia liberal.

El «machismo», el catolicismo y el conservadurismo (Balseca, 2017; De la Torre, 2017a) del expresidente Rafael Correa difícilmente encajan con su discurso de un proyecto de izquierdas. Así, su retórico antineoliberalismo no le impidió firmar un acuerdo de libre comercio con la UE, ni tampoco mantener la dolarización de la economía que antes había sido criticada por imperialista. Más que la escala de izquierdas y derechas (De la Torre, 2017b: 158), el *correísmo* se insertaría en la tradición de crear enemigos internos (los que no comparten el proyecto) y externos (Estados Unidos). Asimismo, en la Constitución de Correa, al igual que en la boliviana, se incorporó el concepto del *buen vivir* e introdujeron dos poderes adicionales: el electoral y de transparencia, por un lado, y el de control social, por otro. El primero refleja la importancia de las elecciones para el populismo y su afán de crear mecanismos de democracia directa. A pesar de los nueve procesos electorales que han sido calificados como «plebiscitos» sobre el presidente (De la Torre, 2017b: 155), el correísmo no fue un proyecto popular participativo, sino más bien una construcción de arriba hacia abajo. La propia biografía de Rafael Correa, que llegó a ocupar un cargo ejecutivo en el Banco Mundial, representaba dicha contradicción entre un discurso populista y un proyecto político tecnocrático.

La única consulta popular durante el correísmo, aparte del referéndum constitucional inicial, tuvo lugar al final del mandato de Correa y coincidió con las elecciones presidenciales de 2017 a las que no se pudo presentar. La Presidencia de su sucesor, Lenín Moreno, que ganó las elecciones con poco más del 51% de los votos, representa lo que Anselmi (2017) denomina *orphan populism*, un populismo sin líder carismático, más calmado y con mayor respeto hacia las voces disidentes. No hubo revocatorios durante el correísmo, cuya principal legitimación fue la debilidad de la oposición y la desaparición de los partidos tradicionales, lo cual confirma, igual que en los casos de Hungría y Bolivia, que las demo-

cracias débiles se resienten del ejercicio populista del poder. El presidente insultó e intimidó a sus opositores y se involucró en un largo conflicto con los medios de comunicación. Ejemplos de ello lo ofrecen los programas del presidente denominados «Enlaces», que intentaron reducir la opinión pública al oficialismo, o los juicios a dos periodistas por «daños morales» (De la Torre, 2017a). Rafael Correa también mantuvo una relación conflictiva con la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el partido Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik que, tras el apoyo inicial, se distanciaron del correísmo. Todo ello limitó los espacios democráticos de debate, confirmando la hipótesis de que los supuestos populistas de izquierdas reducen el pluralismo democrático sin sustituirlo por mecanismos de democracia directa.

En la escala democracia-autoritarismo, el Gobierno de Correa no desmanteló la democracia liberal, aunque sí polarizó y concentró el poder a la vez que deslegitimó a la oposición. Asimismo, el correísmo y su vehículo electoral Alianza PAIS continuaron y profundizaron la tendencia hacia la desaparición de los partidos políticos tradicionales y su sustitución por movimientos en torno a líderes. En 2017, Ecuador fue clasificado como «país parcialmente libre» por Freedom House y como «régimen híbrido» por el índice de la EIU (2017).

El populismo cívico-militar en Venezuela (1999-2018): el más autoritario

Hay que distinguir entre chavismo (1998-2013) y «poschavismo» (Anselmi, 2017). Este último empieza con la Presidencia de Nicolás Maduro, cuya principal fuente de legitimidad consiste ser el heredero oficial de Hugo Chávez, quien le nombró sucesor poco antes de morir en La Habana. La Presidencia de Maduro se inició con una dudosa victoria en las elecciones de 2013, cuando ganó con un estrecho margen del 1,5% sobre el candidato de la oposición. Asimismo, su mandato coincidió con el inicio de la crisis económica por la caída de los precios del petróleo, que durante el chavismo se había convertido prácticamente en la única fuente de financiación del Estado.

La tercera ola populista latinoamericana⁹ nació con el chavismo en 1998, cuando el teniente coronel Hugo Chávez ganó sus primeras elecciones pre-

9. La primera fue el populismo histórico de los años cuarenta, la segunda el neopopulismo de Carlos Menem y Alberto Fujimori, y la tercera la de Chávez, Correa, Morales y Kirchner, lo cual señala nuevamente que los populismos no pueden ser identificados con un determinado color político (Gratius, 2007).

sidenciales después de dos intentos fallidos de golpe de Estado en 1992, los cuales le costaron varios años de cárcel hasta que fue indultado en 1994 por el presidente Rafael Caldera. Su victoria electoral marcó el principio del fin de una democracia liberal que había estabilizado al país durante 40 años, desde el pacto democrático de «Punto Fijo», pero que había entrado en decadencia en 1989, con la revuelta popular del *Caracazo*. Igual que en Bolivia y Ecuador, el debilitamiento de la democracia liberal permitió la llegada del populismo.

Durante los 14 años que gobernó, Hugo Chávez ganó al menos una elección al año y solo perdió, en 2007, la consulta popular sobre la reforma socialista de la Constitución, que chocó con el fuerte arraigo de la democracia liberal en Venezuela, que es la segunda más evaluada de la región (Corporación Latino-

En la escala democracia-autoritarismo, los tres casos latinoamericanos comparten un descenso de la calidad democrática por la concentración del poder y por la reducción del espacio de debate. Estos tres populismos no han creado ningún modelo democrático alternativo, sino que mediante plebiscitos y poderes adicionales han legitimado un liderazgo autoritario apoyado por «el pueblo», un eufemismo para denominar a partidarios y clientelas.

barómetro, 2017). La Constitución de 1999, aprobada por referéndum, creó dos poderes adicionales: el electoral y el moral. Desde el inicio, el populismo venezolano fue un proyecto *top-down* y cívico-militar que, contrario a la promesa de participación, no logró articular un movimiento popular (Jácome, 2017). La participación popular consistió principalmente en apoyar al presidente que se aseguró las lealtades a través de redes clientelares en torno

a las «Misiones», creadas con apoyo cubano, y la distribución de armas a las milicias bolivarianas, los Colectivos (comités de barrios) y los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), también basados en el ejemplo cubano.

Los casi 20 años en el poder del populismo chavista, le han desgastado y debilitado, y está transitando de un proyecto cívico-militar hacia un «autoritarismo competitivo» (Levitski y Loxton, 2013). El último indicio de esta transición a la inversa fueron dos elecciones no pluralistas: los comicios presidenciales del 20 de mayo de 2018, boicoteados por la oposición en la que el presidente Maduro fue reelecto con el 67,8% de los votos, pero solo con un 46% de participación; y las elecciones a la Asamblea Constituyente del 31 de agosto de 2017, que excluyeron a la oposición. Esta Asamblea ejerce de Parlamento del poschavismo e ignora a la Asamblea Nacional, de mayoría opositora (Ayuso y Gratiús, 2016b). El autoritarismo del poschavismo culminó en la violenta represión de las protestas tras el intento de cerrar la Asamblea Nacional, que dejó en 2017 un balance de más de 100 muertos y numerosos presos políticos.

El populismo venezolano, asimismo, ha comprobado que suministra menos bienes públicos que otros países latinoamericanos con democracias liberales. En 2017, Venezuela –con una inflación que superaba el 2.000%– fue el país con la tasa más alta de homicidios de la región¹⁰ y con el peor índice de corrupción de América Latina. El deterioro de las condiciones de vida y las libertades contrasta con la positiva evaluación de la democracia por parte de la población –respaldada por un 78% de los ciudadanos–, pero coincide con la baja satisfacción con la democracia (solo un 13%) y con el hecho de que solo el 25% de los venezolanos piensan que «se gobierna para todo el pueblo» (Corporación Latinobarómetro, 2017: 8). Ambos factores indican una pérdida de apoyo popular próximo al 35% (Romero, 2017: 42).

Al carecer el poschavismo de un líder carismático y de la promesa de una «verdadera democracia», estos elementos han sido sustituidos por la represión y el apoyo militar (Jácome, 2017). El Gobierno de Maduro llegó al inicio de una crisis que terminó en un caos económico cuyo principal indicador es la hiperinflación. La devaluación de la moneda refleja la devaluación de un populismo autoritario cívico-militar que dice crear una «sociedad democrática, participativa y protagónica» (preámbulo de la Constitución de 1999) y, contrario al discurso del populismo de izquierdas que promete inclusión, no ha generado más participación popular ni tampoco menos pobreza, ya que ni siquiera puede garantizar bienes públicos elementales como seguridad ciudadana y alimentaria.

Entre los tres casos, Bolivia es el mejor evaluado (posición 68 sobre 100) en el índice de *The Economist*, y Ecuador el segundo. El chavismo es, sin duda, el menos democrático de los tres. En 2017, Freedom House calificó Venezuela por primera vez como «país no libre», después de haber sido considerado desde el inicio del chavismo como «país parcialmente libre». Por su parte, el Índice Democrático de la EIU (2017) siguió calificándolo de «régimen híbrido». Estos resultados señalan, dentro de los matices, que la encarnación líder-pueblo conduce a la exclusión del otro, a la polarización del espacio político y a la reducción del pluralismo democrático. En la escala democracia-autoritarismo, los tres casos latinoamericanos comparten un descenso de la calidad democrática por la concentración del poder y por la reducción del espacio de debate, nada nuevo en esta tierra fecunda en la producción de caudillos. Estos tres populismos no han creado ningún modelo democrático alternativo, sino que mediante plebiscitos y poderes adicionales han legitimado un liderazgo autoritario apoyado por «el pueblo», un eufemismo para denominar a partidarios y clientelas.

10. Para más información, véase: <https://es.insightcrime.org/noticias/analisis/balance-de-insight-crime-sobre-homicidios-en-latinoamerica-en-2017>

Conclusiones

En contra de la tesis de que el populismo «de izquierdas» es democratizador en América Latina (Errejón y Mouffe, 2016; Mouffe, 2018; Judis, 2016: 14-16; Stravakakis, 2015: 273; Stravakakis y Katsambekis, 2014), los datos muestran lo contrario. Sus resultados en términos de calidad democrática son peores que en los tres casos europeos que hemos reseñado. Tampoco se comprueba (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013) que sean más «incluyentes» en términos de participación política y social (esto aplica en particular a Venezuela). En los tres países latinoamericanos fue la inestabilidad política y la debilidad de las democracias y partidos las que permitieron la llegada al poder de populistas que deterioraron la propia democracia bajo la promesa incumplida de «vivir bien en democracia».

La comparación de los casos europeos y latinoamericanos permite descartar que la izquierda y la derecha en el populismo se puedan correlacionar con una democracia de mejor y de peor calidad, respectivamente. Por el contrario, los dos tipos de populismo comparten las siguientes características: su profundo antiliberalismo, su visión nostálgica de la restauración de la soberanía nacional y la promesa de un modelo democrático «verdadero». Estos tres elementos constituyen, tanto en Europa como en América Latina, el discurso legitimador del populismo. Como señala la experiencia latinoamericana, el resultado es el deterioro del pluralismo político y la imposición de un proyecto hegemónico que potencialmente entiende su cuestionamiento como amenaza que hay que reprimir, limitando los espacios de debate, la negociación y la posibilidad de consenso.

El hecho de que los populismos europeos no hayan logrado ser proyectos hegemónicos señala que, pese a la escasa credibilidad de los partidos políticos en ambas regiones, las instituciones democráticas en Europa, donde la democracia se identifica sobre todo con el gobierno representativo, son más resistentes. Los sistemas parlamentarios parecen menos frágiles que el presidencialismo latinoamericano, máxime en un entorno de estados disfuncionales o frágiles. Sin embargo, si los populistas europeos siguen ganando los espacios que dejan los desacreditados partidos tradicionales, el riesgo de una «ruptura democrática» (Castells, 2017) podría llegar a ocurrir. El populismo es un desafío compartido por ambas regiones, que justifica una comparación más sistemática de sus causas y efectos (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012) y, sobre todo, es una experiencia latinoamericana de la que los europeos tienen mucho que aprender (De la Torre, 2017a).

Referencias bibliográficas

- Acosta, Alberto. *El Buen Vivir. Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*. Barcelona: Icaria, 2013.
- Andor, László. «Hungarian Social Democrats Take Fight to Orban». *Social Europe* (2017) (en línea) <https://www.socialeurope.eu/hungarian-social-democrats-take-fight-orban>
- Anselmi, Manuel. «Post-populism in Latin America: On Venezuela after Chávez». *Chinese Political Science Review*, vol. 2, n.º 3 (2017), p. 410-426.
- Ayuso, Anna y Gratius, Susanne. «América Latina y Europa: ¿repitiendo o reinventando un ciclo?». *Pensamiento Propio*, n.º 44 (2016a), p. 249-292.
- Ayuso, Anna y Gratius, Susanne. «Venezuela 2016: nuevo escenario político». *Notes Internacionals CIDOB*, n.º 137 (2016b) (en línea) https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/notes_internacionals/n1_137_venezuela_2016_nuevo_escenario_politico/venezuela_2016_nuevo_escenario_politico
- Ball, Terence y Dagger, Richard. *Political Ideologies and the Democratic Ideal*. Nueva York: Harper-Collins, 1995.
- Balseca, Fernando. «El machismo correísmo». *El Universo* (12 de mayo de 2017).
- Baquerizo Minuche, Jorge. «El poder constituyente como estrategia: la búsqueda de “plenos poderes” en el nuevo populismo latinoamericano». *Ius Fugit*, n.º 19 (2016), p. 301-333.
- Blair, Tony. *La Tercera Vía*. Madrid: El País-Aguilar, 1998. Prólogo de José Borrrell.
- Brienen, Marten. «A Populism of Indignities. Bolivian Populism under Evo Morales». *The Brown Journal of World Affairs*, vol. 23, n.º 1 (2016), p. 77-92.
- Castells, Manuel. *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*. Madrid: Alianza, 2017.
- Corporación Latinobarómetro. *Informe 2017*. Buenos Aires, 2017 (en línea) <https://assets.documentcloud.org/documents/4151655/F00006433-InfLatinobarometro2017.pdf>
- Corrales, Javier. «The Authoritarian Resurgence: Autocratic Legalism in Venezuela». *Journal of Democracy*, vol. 26, n.º 2 (2015), p. 37-51.
- Corrales, Javier. «Venezuela's Odd Transition to Dictatorship». *Americas Quarterly* (24 de octubre de 2016) (en línea) <http://www.americasquarterly.org/content/venezuelas-odd-transition-dictatorship>
- Corrias, Luigi. «Populism in a Constitutional Key: Constituent Power, Popular Sovereignty and Constitutional Identity», *European Constitutional Law Review*, vol. 12, n.º 1 (mayo 2016), p. 6-26.

- De Blasio, Emiliana, y Sorice, Michele, «Populism between direct democracy and the technological myth». *Palgrave Communications*, vol. 4, n.º 15 (2018).
- De la Torre, Carlos. «Latin America's authoritarian drift: technocratic populism in Ecuador». *Journal of Democracy*, vol. 4, n.º 3 (2013a), p. 33-46.
- De la Torre, Carlos. «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo». *Nueva Sociedad*, septiembre-octubre de 2013b (en línea) <http://nuso.org/articulo/el-populismo-latinoamericano-entre-la-democratizacion-y-el-autoritarismo/>
- De la Torre, Carlos. *Populismos: una inmersión rápida*. Barcelona: Tibidabo Ediciones, 2017a.
- De la Torre, Carlos. «Rafael Correa: Entre las promesas de democratización y el autoritarismo». En: Rivero Rodríguez, Ángel; Zarzalejos, Javier y del Palacio Martín, Jorge (coords.). *Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid: Tecnos-FAES, 2017b, p. 146-161.
- De la Torre, Carlos y Arnson, Cynthia. *Latin American Populism in the Twenty-First Century*. Washington y Baltimore: Woodrow Wilson Center y The Johns Hopkins University Press, 2013.
- De la Torre, Carlos y Ortiz Lemos, Andrés. «Populist polarization and the slow death of democracy in Ecuador». *Democratization*, vol. 23, n.º 2 (2016), p. 221-241.
- Decker, Frank. *Der neue Rechtspopulismus*. Berlín: Springer, 2013.
- EIU-The Economist Intelligence Unit. «EIU Democracy Index 2016». *The Economist Infographics*, 2017 (en línea) <https://infographics.economist.com/2017/DemocracyIndex/>
- Errejón, Íñigo y Mouffe, Chantal. *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria, 2016.
- Fieschi, Catherine, y Heywood, Paul. «Trust, Cynicism and Populist Anti-politics». *Journal of Political Ideologies*, vol. 9, n.º 3 (2004), p. 289-309.
- Freedom House. *Freedom in the World*. Washington DC, 2017.
- Freidenberg, Flavia. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis, 2007.
- Gentile, Emilio. *La mentira del pueblo soberano en la democracia*. Madrid: Alianza, 2018.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1971.
- Giddens, Anthony. *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*. Stanford: Stanford University Press, 1994.
- Giddens, Anthony. *La Tercera Vía: La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus, 1999.

- Goar, Matthieu y Lemarie, Alexandre. «François Fillon, le candidat bunkerisé». *Le Monde* (01.03.2017).
- Grabow, Karsten, y Hartleb, Florian, eds. *Exposing the Demagogues. Right-wing National Populist Parties in Europe*. Berlín: Konrad Adenauer Stiftung/CES, 2013.
- Gratius, Susanne. «La “Tercera Ola Populista” de América Latina». *FRIDE Documento de Trabajo*, n.º 45 (octubre de 2007) (en línea) http://fride.org/descarga/WP45_Populismo_America_Latina_ES_oct07.pdf
- Gratius, Susanne. «América Latina y la UE: Retos regionales y globales». *Nueva Sociedad*, n.º 270 (2017), p. 119-131 (en línea) http://nuso.org/media/articulos/downloads/8.TC_Gratius_270.pdf
- Haider, Jörg. *Die Freiheit, die ich meine*. Frankfurt: Ullstein, 1993.
- Haskell, John. *Direct Democracy or Representative Government? Dispelling the Populist Myth*. Nueva York: Routledge, 2000.
- Hillebrand, Ernst (ed.). *Rechtspopulismus in Europa: Gefahr für die Demokratie?* Bonn: Dietz Verlag, 2015.
- Huber, Robert A. y Schimpf, Christian H. «On the Distinct Effects of Left-Wing and Right-Wing Populism on Democratic Quality». *Politics and Governance*, vol. 5, n.º 4 (2017), p. 146-165.
- Ingelhart, Ronald y Norris, Pippa. «Trump, Brexit, and the Rise of Populism. Economic Have-Nots and Cultural Backlash». *HKS Working Paper*, n.º RWP16-026 (29 de julio de 2016) (en línea) https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2818659
- Jácome, Francine. *Venezuela: ¿el ocaso del autoritarismo competitivo?* FES Análisis, Policy Papers n.º 5 (2016) (en línea) <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/la-seguridad/13011.pdf>
- Jácome, Francine. «Venezuela: ¿un nuevo tipo de régimen militar?». *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 17, n.º 4 (2017), p. 44-52.
- Józwiak, Veronike. «Hungary's Foreign Policy in a Changing International Environment». *Bulletin PISM*, n.º 31 (971) (29 de marzo de 2017).
- Judis, John B. *The Populist Explosion. How the Great Recession Transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Reports, 2016.
- Kriesi, Hanspeter y Pappas, Takis S. (eds.). *European Populism in the Shadow of the Great Recession*. Plymouth: ECPR Press, 2015.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Lanzaro, Jorge (ed.). *Presidencialismo y Parlamentarismo. América Latina y Europa Meridional*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012.
- Laponce, Jean A. *Left and Right. The Topography of Political Perceptions*. Toronto: University of Toronto Press, 1981.

- Levitsky, Steven y Loxton, James. «Populism and Competitive Authoritarianism in the Andes». *Democratization*, vol. 20, n.º 1 (2013), p. 107-136.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel. *How Democracies Die*. New York: Crown, 2018.
- Malamud, Andrés. «Presidentialist Decision Making in Latin American Foreign Policy: Examples from Regional Integration Processes», en: Domínguez, Jorge y Covarrubias, Ana (eds.). *Routledge Handbook of Latin America in the World*. Nueva York: Routledge, 2014, p. 112-123.
- Mayorga, Fernando. «El liderazgo carismático de Evo Morales y el proyecto político del MAS: Nacionalismo e indigenismo», en: Rivero Rodríguez, Ángel; Zarzalejos, Javier y del Palacio Martín, Jorge (coords.). *Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid: Tecnos-FAES, 2017, p. 161-171.
- Mouffe, Chantal. *For a Left Populism*. London/New York: Verso, 2018.
- Mounk, Yascha. *The People vs. Democracy. Why our Freedom is in Danger and How Save it*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2018.
- Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (eds.). *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?* Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
- Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal. «Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Europe and Latin America». *Government and Opposition*, vol. 48, n.º 2 (2013), p. 147-174.
- Nair, Sami. «Un odio que se incrusta». *El País* (7 de abril de 2018) (en línea) https://elpais.com/elpais/2018/04/06/opinion/1523033263_268175.html
- Nohlen, Dieter. «Presidencialismo versus Parlamentarismo: dos enfoques contrapuestos». *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), n.º 99 (1998), p. 161-173 (en línea) <https://recyt.fecyt.es/index.php/RevEsPol/article/view/45215/26746>
- Nye, Joseph. «Will the Liberal Order Survive? The History of an Idea». *Foreign Affairs*, vol. 96, n.º 1 (2017) (en línea) <https://www.foreignaffairs.com/articles/2016-12-12/will-liberal-order-survive>
- Panizza, Francisco (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres y Nueva York: Verso, 2005.
- Poguntke, Thomas y Webb, Paul. *The Presidentialization of Politics: A comparative study of modern democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Privitellio, Luciano de. «La vida política», en: Gelman, J. (dir.) y Cattaruzza, A. (coord.) *Argentina. Mirando hacia dentro 1930-1960*. Madrid: Mapfre-Taurus, 2012.
- Reynié, Dominique. *Les nouveaux populismes*. París: Fayard, 2013.

- Rivero Rodríguez, Ángel; Zarzalejos, Javier y del Palacio Martín, Jorge (coords.). *Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid: Tecnos-FAES, 2017.
- Rohac, Dalibor. «Poland and Hungary Aren't Democratic. They are Authoritarian». *Foreign Policy* (5 de febrero 2018).
- Romero, L.A. *Breve Historia Contemporánea de la Argentina 1916-2010*. Buenos Aires: FCE, 2012.
- Romero, Carlos. «Venezuela: ni paz ni pan». *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 17, n.º 3 (julio-agosto de 2017), p. 36-42.
- Sánchez Cuencia, Ignacio. *Más democracia, menos liberalismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2010.
- Schuster, Mariano. «El populismo y sus paradojas. Entre la redención de los excluidos y el control del Estado. Entrevista a César Ulloa». *Nueva Sociedad* (abril de 2017) (en línea) <http://nuso.org/articulo/el-populismo-y-sus-paradojas/>
- Scottilotta, Cecilia Emma. «The Strategic Use of Government-Sponsored Referendums in Contemporary Europe. Issues and Implications». *Journal of Contemporary European Research*, vol. 13, n.º 4 (2017).
- Stavrakakis, Yannis. «Populism in Power. Syriza's Challenge to Europe». *Juncture*, vol. 21, n.º 4 (2015), p. 273-280.
- Stavrakakis, Yannis y Katsambekis, Giorgios. «Left-wing Populism in the European Periphery: The Case of Syriza». *Journal of Political Ideologies*, vol. 19, n.º 2 (2014), p. 119-142.
- Vallespín, Fernando y Martínez-Bascuñán, Máriam. *Populismos*. Madrid: Alianza Editorial, 2017.
- Vittori, Davide. «Re-conceptualizing populism: Bringing a multifaceted concept within stricter borders». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 44 (2017), p. 43-65.
- Weyland, Kurt. «Latin America's Authoritarian Drift: The Threat from the Populist Left». *Journal of Democracy*, vol. 24, n.º 3 (2013), p. 18-32.
- Zakaria, Fareed. «The Rise of Illiberal Democracy». *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 6 (1997), p. 22-43.
- Zemmour, Éric. *Le suicide français*. París: Albin Michel, 2014.

FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

Porque somos Latinoamérica

En Foreign Affairs Latinoamérica nos renovamos para ofrecerle toda la información sobre América Latina y el mundo en un espacio más dinámico, de fácil acceso y con contenidos exclusivos. Visite fal.itam.mx y comparta con nosotros una nueva forma de vivir las Relaciones Internacionales.



Versión impresa y digital de la revista disponibles en

www.fal.itam.mx



Contenido gratuito y noticias en

f Foreign Affairs Latinoamérica

t @ForeignAffairsL

